



INCORPORÓSE PARA FIJAR MEJOR SU MIRADA EN AQUELLA HERMOSURA.

## LIBRO QUINTO

### ARGUMENTO

Comienza á rayar el día, y Eva refiere á Adan su agitado sueño, que él oye con disgusto; pero hace por consolarla, y salen ambos á su trabajo cotidiano, dirigiendo ántes á Dios su plegaria de la mañana. Para que el hombre no pueda alegar disculpa alguna, envia Dios á Rafael, que le recuerde su obediencia, que le manifieste el uso que ha de hacer de su libertad, la proximidad de su enemigo, quién es este y cuál la causa de su enemistad, con todo lo demás que á Adan le importa saber. Baja, pues, Rafael al Paraiso; píntase su celestial hermosura. Al descubrirle Adan, sale á recibirle, le conduce á su albergue, y le regala con las frutas más sabrosas que al efecto ha cogido Eva por su mano. Conversan amigablemente entre sí, y Rafael desempeña su comision hablando á Adan de su estado, de la condicion de su enemigo; y satisfaciendo á sus preguntas, le declara quién sea este y lo que le induce á obrar así, empezando su relato por la primera rebelion de Satan en el cielo, el origen de ella, cómo se retrajo á las partes del Norte con sus legiones, y las incitó á rebelarse contra Dios, logrando que le siguiesen todos, excepto el serafín Abdiel, que contradice sus razones, y se opone á él, y por último le abandona.

Ya la aurora dirigia sus pasos á la region de Levante, dejando en el cielo impresas sus sonrosadas huellas, y sembrando la tierra de orientales perlas, cuando, como lo tenia de costumbre, despertó Adan, cuyo sueño, ligero como el aire, favorecido por una pura digestion y por dulces y suaves vapores, fácilmente se disipaba al menor ruido de las hojas, de los brumosos arroyuelos, á que da movimiento el alba, y de las aves vocingleras que revoloteaban entre los árboles. Pero se sorprendió por lo mismo de hallar á Eva adormecida aún, el cabello descompuesto y encendidas sus mejillas, como por efecto de un sueño desasosegado; é incorporándose medio apoyado sobre su costado, para mejor fijar su amorosísima mirada en aquella hermosura que, dormida ó despierta, así le enajenaba con sus encantos, blandamente estrechó su mano; y con una voz tan dulce como la de Céfito cuando acaricia á Flora, murmuró á su oido estas palabras: «Despierta, hermosa, alma mia, supremo bien que me otorga el cielo, delicia de mi corazon; despierta: mira que alumbra ya la mañana, que la frescura del campo nos está llamando, y que desperdiciamos estas primicias del día, y no vemos cómo crecen nuestras tiernas plantas, cómo se abren las flores de los naranjos, y la mirra destila su licor, y su bálsamo la caña, miéntas la naturaleza se reviste de sus colores, y la abeja extrae de los pétalos sus almibarados jugos.»

Despierta Eva al oír esto, mira con asombro á Adán, y apretándole entre sus brazos, dice: «¿Eres tú, consuelo mio, colmo de mi ventura, único sér en quien se recrea mi pensamiento? ¡Con qué placer vuelvo á verte y vuelvo á gozar del día! Porque has de saber que esta noche (noche igual no he pasado hasta ahora) he tenido un sueño, si sueño puede llamarse, porque no he pensado en ti, como pienso siempre, ni en nuestras faenas últimas, ni en las próximas, sino en ofensas y cuidados que hasta esta penosa noche no habia sentido mi ánimo; he tenido un sueño en que me parecía que, introduciéndose en mi oído, una voz afectuosa me invitaba á pasearme. La tomé al pronto por la tuya: «¿Por qué duermes, Eva? me decía. Esta es la hora del placer, de la frescura y del silencio, silencio solamente interrumpido por el canoro pájaro de la noche, que la pasa en vela modulando sus amorosos trinos; esta es la hora en que la luna completamente redondeada y en la plenitud de su dulce claridad, ahuyenta la sombra que lo encubre todo: inútiles encantos, si la vista no goza de ellos. El cielo vela también y tiene abiertos sus ojos; ¿sabes para qué? Para contemplarte á ti, prodigio de la naturaleza, á tu cuya presencia alegre, y cuya beldad no puede menos de embelesar á cuantos la ven.» Me levanté, creyendo que eras tú el que me hablabas, mas no te vi; eché á andar deseosa de encontrarte, y atravesé, ó tal por lo ménos me pareció, multitud de caminos, hasta que de repente me hallé junto al árbol de la ciencia prohibida, que se me representó hermosísimo, más hermoso que durante el día. Mirándole estaba maravillada, cuando á su lado noté que habia una figura con alas, como las que á menudo vemos bajar del cielo; sus húmedos cabellos estaban rociados de ambrosia. Contemplaba también el árbol, y exclamó: «¡Oh preciosa planta! ¡Que tan cargada te veas de fruto, y nadie, ni Dios ni hombre, quiera aliviarte de él, ni gustar de su dulzura! ¿Tan despreciable es la ciencia? Si no es por envidia, ¿qué otra causa puede haber para esta prohibición? Prohibalo quien quiera, nadie me impedirá á mi privarme más tiempo de este placer. De otra suerte ¿por qué estás aquí?» Esto dijo, y sin más vacilar, con mano atrevida cogió y gustó. Quedé horrorizada al oír estas palabras, y mucho más viendo la temeraria acción que las acompañaba; pero él, arrebatado de entusiasmo: «¡Oh, divino fruto! siguió diciendo, dulce por extremo, y más dulce todavía por ser vedado! Niégasete, sin duda, para que seas alimento exclusivo de los dioses, pues si lo fueras de los hombres, los convertirías en divinidades. Y ¿por qué no han de aspirar á ser dioses los humanos? ¿No se acrecienta el bien á medida que

se comunica? Léjos de perder en ello su autor, sería objeto de nuevas adoraciones. Ven, pues, felicísima criatura, Eva hermosa y angelical: gusta como yo de este fruto, que si hoy eres feliz, llegarás doblemente á serlo; gusta de él, y serás una nueva deidad entre los dioses, y tu imperio no se limitará á la tierra, sino que tendrás por mansión el aire, como nosotros, ó podrás remontarte por tu propia virtud al cielo, y verás la vida que viven los dioses, y tú vivirás como ellos.» Y hablando de esta suerte, se acercó á mi, y llevó á mis labios parte del fruto que habia arrancado. Su dulce y sabrosa fragancia excitó de tal modo mi apetito que no pude menos de probarlo; y al punto senti que nos trasladábamos ambos á la region de las nubes, desde donde vi extenderse á mis piés la inmensidad de la tierra, magnífico y variado espectáculo; y admirada de mi vuelo, me asombré no ménos del cambio que habia experimentado y de la incalculable altura á que me hallaba; cuando repentinamente desapareció mi guía, y á mi se me figuró que caía precipitada á la tierra y que llegaba á ella adormecida. ¡Con qué júbilo he despertado, y visto que todo ha sido la ilusión de un sueño!»

Refirió así Eva el que habia tenido durante la noche; y contristado Adán al oírlo, la respondió: «Perfecta imagen y amada mitad de mi mismo: ese desasosiego que ha agitado esta noche tu mente mientras dormías, también ahora me aflige á mi. No sé por qué recelo que ese sueño extraordinario traiga algún mal consigo; pero ¿de dónde provendrá ese mal? En ti, que tan pura eres, ni sombra de él puede darse; pero oye lo que voy á decirte. Hay en el alma varias facultades inferiores, sometidas á la Razon como á su soberana.—Entre ellas ejerce el principal oficio la Imaginacion, que de todos los objetos exteriores, que perciben los sentidos cuando están despiertos, forma quimeras y visiones aéreas, las cuales agrupa ó desvanece la Razon, produciendo así todo cuanto afirmamos ó negamos, todo aquello que distinguimos con el nombre de ciencia ó de opinion. Cuando la naturaleza se entrega al reposo, la Razon se retrae también á su más oculto seno; y acontece con frecuencia que aprovechándose la Imaginacion de este retraimiento, como continuamente está en vela, procura imitarla, forjándose allá mil trazas y desvarios; pero ordenando mal los objetos, especialmente durante el sueño, sólo produce pensamientos inconexos, y confunde los hechos presentes con los pasados y los remotos.

»Así en este sueño que me refieres, juzgo descubrir cierta semejanza con los asuntos de que tratamos en nuestra última conversacion, bien que revestidos de

extraños accidentes; por lo que no debe esto causarte sobresalto alguno. Puede introducirse un mal pensamiento en el ánimo, tanto del hombre como de los espíritus celestiales, indeliberadamente y sin que llegue á contaminarle; y esto me inspira la confianza de que ese sueño que tal aversion te ha inspirado mientras dormías, no consentirás nunca que despierta se realice. Aleja, pues de ti toda tristeza: que no empañe nube alguna la claridad de esos ojos, más brillante y serena que la que en su primera sonrisa envía al mundo la aurora. Levantémonos, y volvamos nuevamente á nuestras dulces faenas, nuestros bosques y fuentes, y al cuidado de las flores que entreabren ahora sus cálices, y exhalan los suavísimos aromas que han guardado durante la noche, para que te goces mejor en ellos.»

Así consoló Adán á su bella esposa, y ella en efecto quedó consolada; pero en medio de su silencio se deslizó de sus ojos una dulce lágrima que enjugó con sus cabellos; y al ver que asomaban otras á sus cristalinas fuentes, las atajó Adán con un beso, correspondiendo de este modo á aquella tímida demostración de un remordimiento que se alarmaba con la sola idea de la culpa, sin ser culpable.

Dando pues al olvido sus temores, se apresuraron á salir al campo; y apenas traspusieron el umbral de su mansion, á la que servían de techumbre espesos y copudos árboles, y se hallaron al aire libre, á la luz del día y del sol, que al aparecer en su carro, tocaba con las ruedas la superficie del Océano, y cuyos rayos impregnados de rocío y paralelos á la tierra, doraban la vasta region oriental del Paraíso y los fértiles llanos del Eden, se postraron humildemente para adorar á su Criador, comenzando la acostumbrada plegaria que todas las mañanas le dirigian de varios modos, sin que sus himnos careciesen jamás de variedad ni de santo entusiasmo, bien fuesen recitados, bien cantados de improviso; pues en sonora prosa ó numeroso ritmo fluía de sus labios una elocuencia tan natural, que no necesitaba de los dulces acordes del arpa ni del laúd; y dieron así principio:

«Estas, Padre del bien, Omnipotente Señor, son tus gloriosas obras. Obra es de tus manos esta fábrica del Universo, tan maravillosamente bella; y tú mismo ¡cuán admirable eres! Tu inefable grandeza se encumbra sobre esos cielos, invisible para nosotros, confusamente vislumbrada en tus más pequeñas obras, en las cuales, sin embargo, se descubre tu bondad, superior á toda idea, y tu poder divino. Celebradle vosotros, que podeis hacerlo más dignamente, espíritus

angélicos, hijos de la luz; vosotros, que le contemplais de cerca, y que en torno de su trono, en la eternidad de un día sin noche, y en concertados coros elevais cánticos de alegría; vosotros, que estais en el cielo. Unid también vuestras alabanzas, criaturas de la tierra, en honor del que es principio y postre y centro y ser al propio tiempo infinito. Y tú, la más brillante de las estrellas, última que recorres la vía nocturna, si no perteneces más bien al alba, precursora del día, que con tu fulgente diadema coronas la risueña frente de la mañana: ensálzale asimismo en tu luminosa esfera, á la hora apacible en que asoma la luz de Oriente. Sol, vista y alma de este anchuroso mundo, ríndele homenaje como superior á ti, y en tu incesante giro proclama sus loores, cuando apareces en el cielo, cuando te ostentas en tu apogeo y cuando te ocultas á nuestros ojos. Luna, que acompañas unas veces al Sol en su oriente, y otras te apartas de él, huyendo con las estrellas fijas en su móvil órbita; y vosotros planetas errantes en número de cinco, que al compás de armónicos sonidos os moveis en misteriosa danza: publicad la gloria de aquel que de las tinieblas sacó la luz. Aire y los demás elementos que fuisteis los primeros que engendró en su seno Naturaleza: pues vuestra cuádruple virtud recorre bajo innumerables formas un círculo perpétuo, é influís é inspiráis la vida en todo, que vuestro continuo movimiento sirva para tributar al Supremo Hacedor himnos cada vez más nuevos y más variados. Y vosotras, nieblas y exhalaciones, que surgís de las montañas ó de los vaporosos lagos, negras ó cenicientas, hasta que el sol dora con sus rayos la fimbria de vuestros ropajes: surgid para honrar el nombre del magnífico autor del mundo; y ya tapiceis de nubes el incoloro espacio del firmamento, ó derrameis vuestra fecunda lluvia en la sedienta tierra, que en vuestra ascension ó vuestro descenso proclaméis siempre sus alabanzas. Alabadle también con manso murmullo ó rugiendo impetuosamente, oh vientos que soplais de los cuatro ángulos de la tierra; y vosotros, excelsos pinos, árboles y plantas de toda especie, inclinad vuestras cabezas y agítad vuestras ramas en señal de adoración. Loadle asimismo al són susurrante de vuestras aguas, fuentes y líquidos arroyuelos. Unid á las demás vuestras voces, criaturas todas vivientes. Aves, que cantando os remontais hasta las puertas del cielo, sublimad su gloria en vuestras melodías y llevada por vuestras alas; y los que os deslizais por entre las olas, y los que vagais por la tierra, ya hollándola majestuosa, ya arrastrando humildemente, sed testigos de que mi lengua no enmudece ni por el día ni por la noche, y de que